

embriaguez continua, adormecidos en una fatal seguridad, que tarde ó temprano los pierde infaliblemente (1).

La naturaleza siempre justa en sus castigos, no perdona á ninguno de cuantos desconocen sus leyes. Los malos príncipes hacen á sus súbditos infelices, y las infelicidades de los súbditos recaen necesariamente sobre sus injustos señores. Las provincias agotadas con guerras inútiles, solo presentan labradores desalentados con el rigor de los impuestos. El comercio desaparece á causa de las trabas que se le ponen á cada paso. Un gobierno negligente acude siempre á las violencias, y degenera en tiranía. Los caprichos del soberano se multiplican á lo infinito, porque, á falta de ocuparse en el cumplimiento de sus deberes, necesita forzosamente de placeres y diversiones continuas: las necesidades y las demandas del príncipe crecen en la misma proporcion que su reino se agota, y que sus medios se disminuyen: los impuestos se duplican á medida que los pueblos se empobrecen; en fin, es indispensable entonces recurrir á todo género de estorsiones, á la perfidia y al fraude, acabando de arruinar

(1) Cuando la guerra de Luculo contra Mithridates, los Generales de este monarca le ocultaron que el ejército, en que él mismo se hallaba en persona, padecia la mas cruel hambre. — El primero que anunció al Rey Tigranes la aproximacion de este mismo Luculo, fue degollado por mandato de este Príncipe.

enteramente un estado oprimido por un gobierno delirante. Así el déspota, de cada dia mas codicioso y miserable, no conoce ya freno ni medida, y reina solamente sobre esclavos sin vigor y sin industria. La conciencia entonces atormenta al tirano sobre el trono mismo; él sabe que se ha grangeado un odio universal; de todo teme y se recela; no ve sino enemigos en cuantos le rodean; concibe el mayor temor de su pueblo, cuyo amor y ternura ha despreciado. Inquieto y receloso, es cruel y feroz; en fin, la tiranía estrema produce levantamientos populares, rebeliones y motines, de quienes el tirano es la primera víctima. De la esclavitud á la desesperacion apenas hay un paso.

Un déspota es un soberano que prefiere su capricho á la justicia, y su interes personal al interes de la sociedad. Semejante soberano tiene la locura de creer que él solo compone el estado, que su nacion es nada, y que la sociedad toda entera está destinada únicamente por el cielo para servir á sus caprichos. El tirano es aquel príncipe que pone en rigorosa práctica los principios del déspota, y que, creyendo hacerse feliz á sí mismo, hace á todo su pueblo infeliz y desgraciado. ¿Mas se hace él por ventura feliz? No; que vive lleno de turbacion y de inquietudes. *Es inevitable*, dice un antiguo, *que aquel que se hace temible á muchas gentes, viva*

en un continuo miedo (1). Los tiranos, dice Plutarco, temen á sus súbditos; mas los buenos príncipes temen por sus súbditos. Ningun poder sobre la tierra puede por largo tiempo ser tiránico con impunidad y sosiego.

Apetecer el despotismo, es apetecer los medios de hacer mal á los otros é infeliz á sí mismo. El tirano es desgraciado, puesto que gobierna á infelices con un cuchillo penetrante y agudo, con que se hiere á sí. No hay poder alguno firme y seguro, si no se somete á las leyes de la equidad (2). Mas una inclinacion natural en todos los hombres, y que todo contribuye á fortificar en los príncipes, los hace apetecer un poder ilimitado; estos detestan y aborrecen todos los obstáculos que su autoridad puede encontrar; los príncipes mas débiles y los mas incapaces son los mas zelosos en esto; no hay cosa que mas los incite y los despierte, que el hablarles de la estension de su poder. Todos se

(1) *Necesse est multos timeat, quem multi timent.* Publ. Syr. Sent. — Arato hizo que Lisiades, tirano de Megalópolis, renunciase el poder que habia usurpado, manifestándole los peligros y las inquietudes que de continuo le acompañaban.

PLUTARCO, vida de Arato.

Lo primero que hizo Numa al subir al trono, fue despedir la compañía de sus Guardias; porque, dice Plutarco, no queria ni desconfiar de los que se fiaban de él, ni ser Rey de los que ninguna confianza le dispensaban.

PLUTARCO, vida de Numa Pompilio.

(2) *Ea demum tuta est potentia, quæ viribus suis modum imponit.* Plinii Panegyri.

creen

creen desgraciados, cuando no pueden satisfacer sus caprichos: todos anhelan al despotismo, como el únicomedio de lograr la suprema felicidad, siendo así que este despotismo solo pone ensus manos los medios de arruinar á sus súbditos y de sepultarse con ellos bajo las ruinas del estado. El poder absoluto fue y será siempre la causa de la decadencia y de las desgracias de los pueblos, de que tarde ó temprano llegan á participar los mismos Reyes.

Esta verdad confirmada por la esperiencia de tantos siglos, es ignorada de la mayor parte de los que gobiernan el mundo; y los ministros complacientes y aduladores, cuyo objeto es aprovecharse de la negligencia y depravacion de sus monarcas, la ocultan de ellos con cuidado: sus almas viles é interesadas son efectivamente las verdaderas causas de la ignorancia de los príncipes, y de las desgracias de las naciones. Estos aduladores son los que forman los tiranos; y estos tiranos son los que, corrompiendo las costumbres de los pueblos, hacen la virtud tan difícil y rara. Con razon dice Polibio « la tiranía es culpable de todas las injusticias » y de todos los delitos de los hombres ».

Seguramente, la tiranía, siempre injusta, solo es servida á su gusto de hombres sin costumbres y sin probidad; de esclavos vilmente dominados del mas sórdido interes, quienes, bajo príncipes codiciosos y corrompidos, se hacen los únicos repartidores de las gra-

Tomo II.

C

cias, de las dignidades, de los honores y de las recompensas. Estos no muestran su benevolencia sino á hombres como ellos; temen al mérito y á la virtud, porque les causan confusion y vergüenza. Por el descuido ó la injusticia de un mal gobierno una nacion entera forzosamente ha de llegar á pervertirse; escluida la virtud del favor y de los empleos, es menester renunciar á ella para lograr fortuna; es necesario irse con el torrente, que siempre encamina al mal. La moral se inutiliza y pervierte bajo un gobierno despótico, en el cual todo ciudadano virtuoso debe necesariamente disgustar al príncipe y á los que gobiernan en su nombre. El tirano, para reinar, no necesita talentos ni virtudes, sino soldados, cadenas y calabozos. Un tirano es por lo comun un autómató, un ídolo de piedra, que se mueve al impulso que le comunican los esclavos hábiles y mañosos que se han apoderado del mando. Un déspota que ha reducido su país á la esclavitud viene á ser un necio y miserable esclavo, que ni aun coge los frutos de su funesta tiranía.

La ciencia mas esencial al que desea gobernar con sabiduría es, segun Plutarco, *hacer á los hombres capaces de ser bien gobernados*. Las costumbres de los soberanos deciden necesariamente de las costumbres de los súbditos. Dispensadores de los bienes, de los honores y dignidades que los hombres desean, pueden á su voluntad inclinar los corazones al

vicio ó la virtud. Las cortes sirven de norma á las ciudades: las ciudades corrompen los campos; y he aqui como de unos en otros, los pueblos se imbuyen de las preocupaciones, de las vanidades, del lujo, de las fruslerías, de las locuras y de los vicios que infestan las cortes. Los soberanos dan en todo y por todo el primer impulso á las voluntades de los grandes, comunicando estos á las otras clases el impulso primero que han recibido: si este encamina al bien, las costumbres pronto se verán reformadas y buenas.

Todo el mundo conviene en que el lujo, esta emulacion fatal de la vanidad, es debido principalmente al fausto de los soberanos y de los grandes, á quien cada uno procura mas ó menos imitar: este mal tan peligroso parece ser inherente al gobierno monárquico, y sobre todo al despotismo, en que el príncipe transformado en una divinidad, quiere imponer respeto á sus esclavos con el fausto que los deslumbra: para contener los efectos de esta epidemia fatal, se han ideado repetidas leyes como capaces de reprimirla; mas estas leyes por lo comun han sido infructuosas. La mejor de todas las leyes suntuarias para un estado, será siempre un príncipe frugal, económico, y enemigo del fausto y de la vanidad. Permitiendo el lujo á los grandes, y prohibiéndole á los pequeños, no se hace mas que irritar la vanidad de estos, que poco á poco triunfa de las leyes mas severas.

Nada seria mas importante para la felicidad de los pueblos, que el inspirar desde muy temprano á los que deben reinar en ellos, el amor á la virtud, sin la cual no hay prosperidad alguna en la tierra. Mas las máximas de una política injusta, cuyo objeto es ejercer impunemente una libertad desenfrenada, ocupan en los soberanos el lugar de la sabiduría y de la moral; asi los intereses de los gefes jamas están de acuerdo con los del cuerpo social. ¡Estraña política, seguramente, por la cual los que están destinados á hacer observar los deberes de la moral, se ocupan de continuo en violarla, y romper los vínculos que deberían unirlos mas íntimamente á sus conciudadanos!

Privar á la virtud de las recompensas y de los honores que le son debidos, es, dice Caton, estirpar de la juventud las virtudes. Mas alejar la virtud de los primeros destinos, corromper á los hombres para sojuzgarlos, y dividirlos entre sí afin de avasallarlos á todos, es á lo que se reducen los principios de una política odiosa, inventada claramente, no para la conservacion, sino para la disolucion de un estado. Segun tales máximas, los soberanos se hacen necesariamente los enemigos de sus súbditos, debiendo declarar una guerra cruel á la razon que podria ilustrarlos, y á la virtud que pudiera unirlos con los otros: vale mas, pues, cegarlos y corromperlos, tenerlos en una infancia perpetua, é inspirarles vicios capaces de fomentar las mayores discor-

dias entre ellos, para impedir el que se reunan contra los que tan cruelmente los oprimen. La virtud necesariamente debe ser detestable á cuantos gobiernan sin justicia. La moral tampoco puede ser conveniente á los esclavos: el esclavo no debe conocer mas virtud que la de la obediencia (1).

Los cortesanos siempre estremados en sus adulaciones, han intentado deificar á sus monarcas; pero es fácil de conocer que sus esfuerzos han sido defectuosos, si con ellos pretendieron justificar su servidumbre, y ennoblecer su fama. Ademas de que ellos son los sacerdotes de los dioses que crea su ceguera ó su codicia.

Una política mas sana y mas útil prescribe que los soberanos se consideren hombres y ciudadanos, y que nunca separen sus intereses de los de sus súbditos: de la reunion de estos intereses resulta la concordia social, y la felicidad de la cabeza y de los miembros. El príncipe solamente es verdaderamente grande y poderoso, cuando está sostenido por el afecto y cariño de su pueblo: el pueblo es siempre desgraciado,

(1) « Consultando los Soberanos solo á su propia seguridad, » y no á la razon y á la justicia, debieran proponerse mandar » y regir manadas de carneros, de bueyes y de caballos, ma » no á hombres en sociedad. . . . Un tirano que mas quiere » mandar á esclavos que á verdaderos hombres, se asemeja á » mi parecer al labrador que mejor quisiese coger langostas ó » aves de rapiña que no buen trigo y cebada ».

PLUTARCO, Banquete de los siete Sabios,

si el soberano rehusa ocuparse en su felicidad. Eléas, rey de Escitia, decía que, cuando estaba ocioso, no se diferenciaba de su mozo de caballos. Una vida holgazana y disipada es siempre vergonzosa y criminal en un Rey, cuyo tiempo pertenece á sus súbditos.

Para gobernar de un modo que haga felices á las naciones, no es menester ni un trabajo excesivo, ni unas luces extraordinarias, ni un talento maravilloso; bastan la rectitud, la vigilancia, la firmeza, y los buenos y eficaces deseos. Un alma demasiado viva y exaltada puede algunas veces carecer de prudencia; un buen corazón es regularmente mejor y mas á propósito para gobernar á los hombres, que un talento ó un entendimiento muy elevado y penetrante. No exijan, pues, las naciones de sus gefes talentos sublimes y raros, ni cualidades difíciles de encontrar. Cualquier hombre de bien tiene lo que se necesita para gobernar un estado; todo príncipe que desee sinceramente el bien de sus súbditos, hallará con facilidad cooperadores que le ayuden; él fomentará en su corte una noble emulacion entre los talentos y el mérito, no menos útil á sus intereses que á los de sus súbditos. Todo monarca que quiera conocer la verdad, hallará muy pronto las luces necesarias para gobernar con sabiduría; en fin, todo soberano que aprecie y se atenga fuertemente á la justicia, la hará reinar en sus dominios, y respetable á sus vasallos. La justicia y la fuerza son las virtudes de los Reyes,

La vana pompa que rodea á los soberanos; la facilidad y prontitud con que son ejecutadas sus órdenes, las diversiones continuas que se les presentan, y los placeres en que se encuentran engolfados, hacen que el vulgo los tenga por los mas felices de los mortales; en una palabra, un error muy comun da por supuesto que el poder supremo trae siempre consigo la suprema felicidad. Mas la vida de un soberano que cumple con sus deberes es activa, laboriosa, vigilante, incesantemente ocupada: la de un príncipe ocioso, disipado y enemigo del trabajo, es un fastidio perpetuo. Todo monarca justo y sensible vive sujeto á una ocupacion y cuidado continuo. El soberano que no se digna atender á sus propios negocios, se espone á todos los males que resultan de la falta de conducta ó de la perversidad de sus ministros, que por su ignorancia no puede elegir bien. Los Reyes tienen tanto y mas que temer de sus amigos que de sus enemigos; ó mas bien, no tienen nunca amigos, sino aduladores, y hombres viciosos solo afectos á su persona por un sórdido interes, ó por la vanidad; ademas, no teniendo iguales, ni teniendo necesidades algunas, los príncipes no gozan ni de las dulzuras de la amistad, ni de los encantos de la confianza, ni de los mas grandes placeres de la vida social; se ven privados de estos bienes por la enorme distancia que el trono pone entre ellos y sus súbditos,

aun los mas distinguidos ; estos se hallan siempre oprimidos y violentados en presencia de un señor , en la que á nada se pueden atrever. De donde se infiere claramente que la alegría , que siempre supone libertad , seguridad , confianza é igualdad , no puede habitar ni manifestarse en la corte de los Reyes. En medio de un festin fue donde el grande Alejandro asesinó á Clito , á quien tenia por su mayor amigo (1).

Enfin , la mayor infelicidad inseparable de la condicion de los Reyes , es no poder saber casi nunca la verdad. Esta se les oculta sobre todo cuando es amarga , es decir , cuando es mas importante saberla. *Algunos príncipes* , dice Gordon , *se han visto destronados antes de saber que no eran amados de sus pueblos* (2). Esto es lo que sucede principalmente á los soberanos absolutos , á los déspotas , á los tiranos , á quienes sus pasiones indómitas no permiten jamas que se les hable con sinceridad ; no acostumbrados á que se les contradiga , todo lo que se opone á sus caprichos basta para provocar la cólera de estos niños imprudentes que desean poderlo todo impunemente. Los príncipes cuyo poder es ilimitado son los que debieran tener el mayor interes en conocer las verdaderas disposiciones de sus súbditos ; porque , no pudiendo estos

(1) Este Príncipe decia que *Ephestion amaba al Rey* , pero que *Clito amaba á Alejandro*.

(2) Véase el Discurso preliminar de su traduccion de Tácito.

hacer que lleguen al trono sus quejas , se explican con motines , revoluciones y asesinatos , en que el tirano suele ser la primera víctima.

¡ Hé aquí , pues , la felicidad suprema , á la que conduce el poder sin límites que los príncipes desean con tanto ardor , y sin el cual se tienen por desgraciados ! Este poder los priva de la confianza , de los consejos , de los auxilios y de los consuelos que proporciona la amistad. El monarca que pretende ser justo debe armarse doblemente contra las seducciones de sus privados , y temer que su afecto hácia ellos no le haga pecar contra la justicia universal que debe á todos. Del pueblo es de quien debe ambicionar la amistad ; al pueblo es al que debe oír para saber la verdad ; sobre el pueblo debe fundar su propia seguridad ; y en el bienestar del pueblo debe establecer su propia grandeza , su gloria , y su felicidad : á los que le proporcionan estos bienes y ventajas , es á quien el príncipe debe mirar como á sus amigos. Theopompo decia que *un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad , que hace justicia á sus vasallos , y que observa las leyes*.

Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte una nacion , los deberes y los intereses de sus gefes serán siempre unos mismos. La política y la moral exigen que , en un gobierno aristocrático , un necio orgullo , un vano espíritu de cuerpo , una terca y obstinada adhesion á prerrogativas injustas , no le hagan jamas hollar

los derechos de la patria. Nada mas incómodo y molesto en las aristocracias, ni mas insopor- table á los pueblos, que la vanidad pueril de los nobles, y de los magistrados ó soberanos colectivos. Estos han de distinguirse en la de- ciencia y gravedad de sus costumbres, en su probidad, su afabilidad, su modestia y su equi- dad, cualidades mucho mas capaces de hacerles queridos y respetados, que no una gravedad insociable que los hará odiosos y aborrecibles á sus conciudadanos, y que nunca debe tener lugar en los gobiernos republicanos.

Dejen, pues, los gefes de la aristocracia á los esclavos favorecidos del despotismo la va- nagloria de distinguirse por su altanería y su insolencia, y distinganse ellos por su bondad, su moderacion y su integridad. La arrogancia y el orgullo deben ser desterrados de los paises donde se goza de alguna libertad. La aristocracia debe hacer mucho aprecio del pueblo, y no mirarle con los mismos ojos que la monarquía, que solo distingue á susnobles, ó que el des- potismo, que desprecia igualmente al vil rebaño que destruye y aniquila.

En una palabra, todo gobierno republicano supone una cierta igualdad entre los ciudadanos igualmente sujetos á las leyes. Los magistrados en él son gefes, sin dejar por esto de ser ciu- dadanos; de donde se sigue que sus modales altaneros son mas chocantes y mas importunos al pueblo que bajo la monarquía, acostumbrada

á sufrir y tolerar la insolencia y el desprecio de los grandes, y de cuantos gozan de algun poder. En todo estado bien constituido, ningun ciudadano tiene derecho de ser insolente. Esos aristócratas tan zelosos de su autoridad, y tan desconfiados, se ahorrarian de muchos dispen- dios, molestias y disgustos, si se dignaran re- cordar de que son ciudadanos y no déspotas ó tiranos; que la vanidad solo es buena para hacerse abominables; y que esta produce de continuo enemigos y descontentos, cuya cólera revienta á veces en fatales y terribles revoluciones (1).

De esta verdad hallamos pruebas en la his- toria de la mayor parte de las aristocracias antiguas, las cuales por lo comun degeneraron en verdaderas tiranías. La historia romana nos ofrece un senado orgulloso, avaro, zeloso de sus prerogativas usurpadas, perpetuamente que- joso de la plebe, á la cual se arrogaba el de- recho de abatir, de vejar con usuras, de oprimir de mil modos, y de enviarla á morir en guerras estrangeras cuando le era molesta. Bien pronto

(1) La excesiva emulacion del poder, dice Tito-Livio, y la terca obstinacion de no decaer en lo mas minimo de su gran- deza, en uno de los órdenes de una república, produce mu- chas veces grandes é inútiles disputas, funestas al mismo órden. *Numia unius ordinis reipublice, in sua dignitate sibi retinenda, nullique alii comunicande sollicitudo, magnas sapè, easque inuiles, et ipsimet illi ordini exitiales contentiones parit.*

« El pueblo, dice Plutarco, mira siempre como el mayor honor el no ser despreciado de los grandes ». Vida de Nicias.

la division entre los gefes de esta república siempre armada produjo facciones crueles, y se encendieron espantosas guerras civiles; los ciudadanos se armaron los unos contra los otros; y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mario y de Sylla, el ambicioso César, apoyado en la faccion del pueblo, se elevó sobre las ruinas del estado, estableció el despotismo de uno solo en lugar del despotismo de los magistrados, y dejó al gobierno abandonado á una larga serie de monstruos, que únicamente parece que se disputaron quien cometeria mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Calígulas y de los Nerones: mientras que estos monstruos acariciaban al pueblo, ó le divertian con espectáculos, hacian correr la noble sangre de Senadores y de patricios, cuyo linage causaba recelo á su tiránica ambicion. En una palabra, el orgullo de un senado discordo puso fin á la república mas poderosa que hubo jamas en el mundo. *Los grandes, dice Solon, destruyen las ciudades; y la imprudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.*

Las democracias ó gobiernos populares no perecen comunmente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los zelos y la envidia del pueblo, que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisonjeado por sus demagogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su

envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que deberia querer y respetar; y comete el crimen sin remordimientos, porque no reflexiona, y porque ademas la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los Atenenses con Aristides, Cimón y Phocion, hace que ninguno se compadezca ni lamente de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar (1). Sócrates dice, segun Platon, que la democracia *es el imperio de los malvados sobre los buenos. La multitud, cuando ejerce la autoridad, es mas cruel aun que los tiranos.* A un déspota le contienen á veces el temor, la vergüenza y los remordimientos; mas un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

(1) La ingratitud de los Atenenses para con Pericles, en pretender que diese cuenta de su administracion, hizo que este hombre célebre suscitase la guerra del Peloponeso, que fue causa de la destruccion de todas las repúblicas de Grecia. Temistocles decia á los Atenenses: ¡ó miserables! ¿por que os fatigais en recibir beneficios de unas mismas personas? Plutarco observa con mucha razon que en las revoluciones de la democracia el mas perverso es regularmente el que prospera, y el que se eleva al mas alto grado. Plutarco, Vida de Nicias.